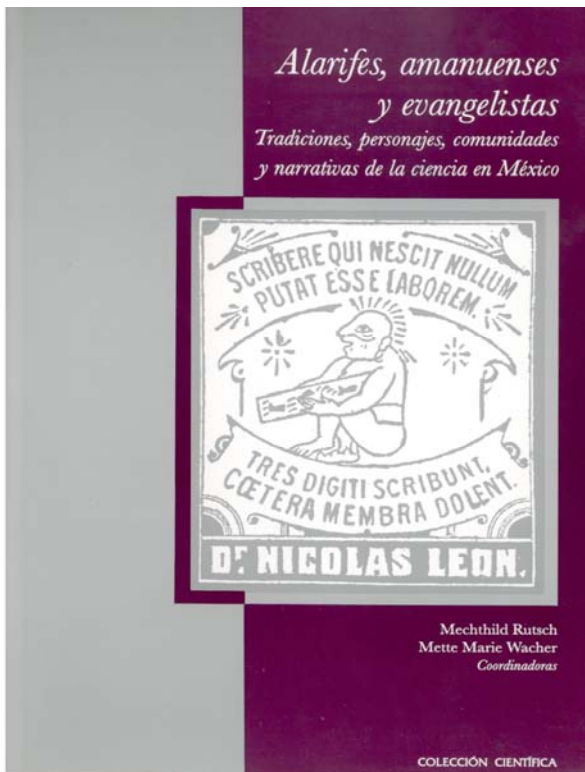


ALARIFES, AMANUENSES Y EVANGELISTAS.

Tradiciones, Personajes, Comunidades y Narrativas de la Ciencia en México,
Mechthild Rutsch y Mette Marie Wachter (Coords.), Colección Científica no. 467, IBERO-INAH,
México, 2004, 461 ps, ISBN: 968-03-0050-01,

Laura Cházaro¹

Más allá de la cortés costumbre de agradecer la invitación, en esta ocasión celebro el estar aquí y poder escribir algunas palabras sobre este libro. Mi gusto no proviene únicamente de ver realizado el esfuerzo de las coordinadoras, el libro celebra los trabajos de más de diez años de existencia del seminario de Historia, filosofía y sociología de la antropología mexicana y este aniversario no sólo habla del paso del tiempo o de la fuerza de la costumbre de sus miembros, refleja la madurez de este grupo de alarifes, amanuenses y evangelistas en el trabajo de reflexión sobre las prácticas y las ideas de la antropología y otras disciplinas de las ciencias sociales con las que dialogan y se vinculan.

Por más buena salud que le atribuyamos a las historias de las ciencias en México, dedicar un libro al análisis histórico de la antropología y ciencias sociales en México es algo digno de elogio. Preceden al libro de Rutsch y Wachter excelentes estudios, como el de Guillermo Zermeño, *La cultura moderna de la historia. Una aproximación teórica e historiográfica* (2002); la reciente biografía intelectual de Mendieta y Nuñez de Margarita Olvera (2003) ó *El leviatán arqueológico. Antropología de una tradición científica en México* de Luis Vázquez (2003), entre otros.

¹ El Colegio de Michoacán

Pero lejos de haber agotado el tema, con estos trabajos se revelan cuán urgente es mirar los pasados de las disciplinas sociales en el contexto nacional así como ponernos a reflexionar sobre cómo escribir, en algunos casos, re-escribir esas historias. Múltiples interrogantes cruzan los textos que editaron Rutsch y Wachter: ¿cuáles son los intereses de conocimiento y los intereses políticos que han definido el desarrollo de estas ciencias?; ¿Cómo escribir la historia de las ciencias sociales que no se reduzca a determinar su grado de cientificidad; o bien a narrar pasajes y epopeyas de sus autores?; ¿Cómo evaluar la relación de los intelectuales y su vínculo con los Estados nacionalistas, desde el porfiriato hasta los posrevolucionarios? ¿Pueden estas historias y estudios sociales de las ciencias prescribir o proponer nuevas perspectivas de conocimiento?; ¿Evaluar las responsabilidades éticas de los llamados científicos sociales? Son estas preguntas las que nos exigen avanzar y plantear la necesidad de nuevos trabajos, justo como éstos que han compilado Rutsch y Wachter.

Integrado por diez y siete artículos, escritos en diferentes perspectivas, estilos y temáticas, en el libro se abordan los más diversos aspectos de la historia del quehacer antropológico en México. Esta diversidad, sin embargo, es parte de su riqueza pues, comparten las mismas preocupaciones. Como bien lo señala José Luis Vera en su texto introductorio al libro, tal diversidad invita a proponer una clasificación, aún cuando se sabe que cualquier intento es arbitrario y artificial. Con el fin de avanzar en mi comentario, dividí al conjunto de los textos compilados en tres grandes grupos. El primero, donde ubico los textos de Carlos López Beltrán y Fernando Castañeda Sabido quienes discuten nuevas perspectivas teóricas que permitan hacer y pensar otras historias de las ciencias sociales; el primero desde la historia conceptual y el segundo desde la sociología ensayan respuestas al problema de dar cuenta de las ciencias sociales más allá de los clásicos determinismos sociológicos e historiográficos. Los artículos de Nicanor Rebolledo y Sergio Ricco comparten esa misma preocupación; pero ellos lo plantean desde la posibilidad de crear “híbridos disciplinarios” o perspectivas interdisciplinarias. Rebolledo lo hace pensando en los puntos de confluencia o de encuentro entre educadores y antropólogos, y Ricco discute la necesidad de construir puentes entre la discusión jurídica actual y la antropología. En estos casos, lo educativo ó lo jurídico no se abordan como objetos de conocimiento de la antropología. Más bien, son ventanas de análisis para la antropología mexicana que hunde sus raíces en la cuestión indígena y campesina donde la educación y el sistema jurídico consuetudinario cruzan los problemas de esta sociedad multi-cultural.

Un segundo grupo de textos siguiendo una perspectiva socio-histórica se concentra en las comunidades que contribuyeron a los orígenes de la antropología como disciplina. Ahí están los interesantes artículos de Bárbara Cifuentes, Rosa Brambila, Rebeca de Gortari, Mechthild Rutsch, Haydeé López, Leif Korsbaek, Tonatiuh Romero, Carlos Castaños, José Roberto Gallegos. Mostrando la trayectoria de distintos grupos, el conjunto de artículos logra mostrar la compleja relación entre la voluntad política de los investigadores y la política de las instituciones que formalizó y estandarizó el quehacer de los antropólogos en este país. Analizan los distintos cursos de institucionalización de la disciplina, desde los museos, la Secretaría de Educación o de las propias revistas especializadas en arqueología y antropología, aparecidos a fines del siglo XIX y principios del siglo XX.

En ese mismo grupo caben los sugerentes artículos de Rafael Guevara Fefer, Fernando González, Ana María Crespo, Beatriz Cervantes y Alba González. Pero, a diferencia de los anteriores, éstos abordan a la antropología poniendo en el centro al “antropólogo (mexicano)”; entonces la

“comunidad” se opaca y el investigador, como ego, aparece. Tomados en conjunto muestran en sus diversas tareas y prácticas a los clásicos (y los no tanto) personajes de los siglos XIX y XX afanados en los trabajos antropológicos, arqueológicos ó lingüísticos: Manuel Orozco y Berra, Francisco Pimentel, Joaquín García Icazbalceta, Gumesindo Mendoza, Alfredo Chavero, Nicolás León, Paul Kirchhoff hasta Ángel Palerm, entre muchos otros. Estos artículos constituyen el grueso del libro y, como lo señalan Guevara Fefer, Fernando González y Mechhild Rusth, el saber del “antropólogo” del siglo XIX no reconocía las fronteras disciplinarias que el de hoy reconoce: sabían de farmacia, medicina, historia natural, etnología y lingüística; eran literatos, aficionados a la paleontología, enseñaban historia patria, participaban en excavaciones arqueológicas. Mirados desde sus más variados intereses, pasiones y dificultades, los estudiosos de la antropología se nos muestran con más de un perfil e identidad. En esas biografías no son héroes sino sujetos con intereses políticos, ligados a los proyectos de las instituciones educativas (museos, escuelas y revistas) y a las políticas del estado porfiriano y post revolucionario. Se documenta así que en la práctica no había EL antropólogo, un personaje unívoco sino sujetos con diversos rostros e identidades, marcadas por sus compromisos y negociaciones con instituciones del Estado, el “problema” indígena o sus conveniencias políticas. Como lo señala Rutsch, no es igual escribir desde el Museo Nacional y sus Anales que trabajar en la Dirección de Inspección y Conservación de Monumentos Arqueológicos; tampoco es lo mismo hacer antropología en la Universidad Nacional que en la Universidad Iberoamericana; formarse y recrearse en las exploraciones de campo, confiado en la observación antropológica y arqueológica o bien en la reflexión teórica; no es igual, yo agregaría, ser antropólogo hombre o mujer.

El resto de los artículos del libro operan desde un ligero pero significativo desplazamiento: el antropólogo aparece en primera persona y habla de sus posibilidades y dificultades, poniendo especial énfasis en su propia narrativa y escritura. Con respecto al primer grupo se invierten los términos, pues acá el sujeto (que conoce) se mira a sí mismo -como objeto- y se arriesga, analizando su escritura (que siempre será sobre los otros), a preguntarse ¿quién soy yo? Me refiero a los textos de Fernando López, Carlos García Mora e Ignacio Rodríguez García; artículos que, de algún modo, están anunciados en las reflexiones de Castañeda Sabido y López Beltrán.

Puestos en este orden, los artículos del libro de Rutsch y Wachter delinean un camino que va del antropólogo como creador/portador de teorías hasta llegar al punto en que se mira al espejo, colocándose como producto, por momentos subproducto de sus compromisos teóricos y negociaciones políticas. Este ligero movimiento, no perceptible en algunos de los textos compilados, es algo que me parece digno de ser mencionado como uno de los aspectos centrales del texto que comento.

Como lo señala Castañeda Sabido las ciencias sociales (al menos la historia, la sociología y la propia antropología) han tendido a desplazar o poner en el centro al “sujeto” (lo que esto quiera decir es asunto de mayores y profundas reflexiones para lo cual les remito al libro), abandonándose teorías como la del rational choice, estructuralismos, determinismo históricos. En sintonía con este problema del retorno del sujeto, Fernando López Aguilar nos introduce al reciente debate sobre la escritura de la arqueología y la antropología y nos recuerda que una cosa es escribir desde el pedestal de la ciencia, colocando al antropólogo en una posición de poder frente a su objeto y otra la postura que reconoce que en el acto de escribir sobre el otro y lo ajeno existen varias formas de observarlo; que inciden en el horizonte de nuestro presente. El ensayo de García Mora es una reflexión sobre el antropólogo como autor. Para él, sólo a través de la escritura éste se afirma como tal; piensa que el resto de sus actividades, como la recolección de información o trabajo de campo)

adquieren sentido cuando se redacta un artículo, un libro. Ignacio Rodríguez analiza esas narrativas enfatizando los compromisos políticos y conceptuales de vena paternalista, compromisos indigenistas políticamente ineficaces; unos conservadores, otros tantos racistas.

Frente a la pregunta cómo generar nuevas historias y sociologías de las ciencias sociales, otras que nos lleven más allá del paternalismo indigenista, más acá del todo se vale relativista, muchos han avanzado proponiendo interesantes y complejas perspectivas teóricas, críticas de los determinismos y las posturas de la objetividad de la ciencia como espejo de la naturaleza. En este empeño, sin embargo, considero relevante abrir un espacio, siquiera como una rasgadura, para pensar en el propio antropólogo, como sujeto en la historia.

El ponerse frente al espejo significa estar dispuesto a mirarse y a preguntar cómo el antropólogo y, en general, los científicos sociales se identifican y, por extensión, se diferencian del otro, de sus objetos de estudio. De las posibles respuestas que se ofrezcan al ¿quien soy yo? estará implícito lo que se dice o se cree del otro. La posibilidad de analizar este aspecto se abre cuando nos atrevemos a revisar nuestras identificaciones como sujetos que hablamos y escribimos sobre los otros, de otros tiempos y lugares. Algunos artículos de este libro invitan a repensar al antropólogo que, como sujeto que conoce, se colocó en posturas etnocentristas, al antropólogo cuya identificación fue con un sujeto racional y objetivo, unidad sin rupturas, ni contradicciones colocando a los otros, sus objetos de estudio, como sujetos de un pasado fragmentado, colonializado, empobrecidos y sin más sentido en la historia que el que les ofrecía el análisis antropológico. En ese juego de identificaciones, el antropólogo se posicionó como el único “portavoz” del otro (el indio), sin reconocer que todo acto de escritura es un acto de poder. Lo que resulta de este tipo de identificaciones es una narrativa teórica y política embebida de sujetos centrados en sí mismos, o como decía Marx de los burgueses en la Sagrada Familia, de alguien que “en su representación insensible y en su abstracción sin vida, (puede) inflarse hasta convertirse en un átomo, es decir, un ser desprovisto de toda relación, autosuficiente, sin necesidades, que se basta a sí mismo y está dotado de absoluta plenitud”². A lo largo del libro se afirma lo que todos sabemos que los indios han sido el sujeto por excelencia de la antropología mexicana y justamente, el problema ha sido ¿cómo analizarlos y problematizarlos sin revisar las identificaciones del propio antropólogo? Quizás los análisis de la sociología y las historias de la antropología deberían contemplar esta “vuelta de tuerca” que nos obligue a vernos en el espejo, ya no como lo idéntico a nosotros mismos (absolutamente completos; dotado de absoluta plenitud), sino como implicados en esos otros que se analizan, como parte de lo fragmentado, contingente y subjetivo. Reconocer en el quehacer de la historia y la antropología la fascinación por al mismo tiempo que el miedo de los otros, en este caso los indios ó las mujeres, nos abriría la posibilidad de reconocer que en el origen de la antropología y de las otras ciencias sociales se han fabricado distancias (temporales y de lugares) entre el observador y el observado, entre el sujeto y el objeto de conocimiento; entre el antropólogo y el indígena; entre el presente y el pasado. Con ello no se cancelarían o anularían esas distancias pero nos permitiría re-inventarnos en otras historias y narrativas históricas, sociológicas y antropológicas.

Este tema que he puesto de relevancia no agota la riqueza de los análisis y ensayos compilados en el libro de Rutsch y Wachter aunque es un aspecto que se sugiere a lo largo del libro mostrando cuán sugerentes son los textos ahí compilados. Más aún, nos invitan a la valiosa y compleja tarea de repensar la cuestión de cómo crear historias alternativas para la ciencia en países marginales como

² Marx, C., y Engels, Federico, *La sagrada familia y otros escritos filosóficos de la primera época*, México, Editorial Grijalbo, 1967, p. 187.

México, nos confirma además que no basta con tener nuevos temas o el archivo con las mejores fuentes. En fin, nos estimulan a preguntarnos otra vez, ¿qué ha hecho y cómo se ha desarrollado la antropología, cuáles han sido sus preguntas explícitas e implícitas; de qué sirve el antropólogo y sus narrativas? Estas y otras muchas más, seguramente, serán tema de sanas discusiones y análisis en ese seminario con más de diez años de vida.

Presentado en Abril 8, 2005.